

HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

CARTA PASTORAL A LOS HERMANOS

**Consagrados por el Dios Trinidad,
como Comunidad de Hermanos**

Llamados a ser testigos de su amor

25 de diciembre 2013



CARTA PASTORAL A LOS HERMANOS

**Consagrados por el Dios Trinidad,
como comunidad de Hermanos**

Llamados a ser testigos de su amor

Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría, FSC
Superior General
25 de Diciembre de 2013

Por eso, investidos misericordiosamente del ministerio apostólico, no nos desanimamos [...] Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, el Señor, y nosotros no somos más que servidores de ustedes por amor de Jesús. Porque el mismo Dios que dijo: “Brille la luz en medio de las tinieblas”, es el que hizo brillar su luz en nuestros corazones para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios, reflejada en el rostro de Cristo. Pero nosotros llevamos ese tesoro en recipientes de barro, para que se vea bien que este poder extraordinario no procede de nosotros, sino de Dios (2Cor 4,1.5-7).

Los Hermanos nos hemos asociado para el servicio educativo de los pobres, no por una iniciativa personal sino porque hemos sido llamados misericordiosamente por el Dios Trinidad en sus misteriosos designios a este ministerio apostólico, que nos hace servidores, por amor de Jesús, de los niños y jóvenes, especialmente de aquellos que más nos necesitan y están más alejados de la salvación. El rostro de Dios que es amor debe resplandecer en nuestros corazones y lo debemos reflejar en nuestras vidas. En su discurso al cónclave, antes de su elección, el Papa hablaba de lo que él llamaba “el misterio de la luna”, que nos recuerda una idea de los Padres de la Iglesia que decían que la Iglesia es como la luna y Cristo el sol. Por eso la Iglesia no puede ser autorreferencial, como tampoco lo debe ser nuestro Instituto, porque la luz que tenemos no es propia, es la luz que nos viene del sol de Jesucristo. Estamos llamados a reflejar la luz de Jesucristo, a disipar por medio de ella las tinieblas de la ignorancia, del miedo, del dolor, del desaliento y de la falta de sentido y de afecto.

Esta es la manera concreta de vivir nuestra consagración a la Trinidad para buscar su gloria. Esta ha debido ser nuestra opción fundamental a lo que todo lo demás debe estar subordinado. Somos seres habitados, llevamos dentro un gran tesoro, pero en vasijas de barro. Nos lo recordaba el Papa Francisco en un twitter: *Somos vasijas de barro, frágiles, pobres, pero dentro llevamos un gran tesoro* (9 de agosto de 2013).

Un tesoro que no podemos guardar para nosotros mismos en actitud narcisista. Un tesoro que tenemos que compartir. El Fundador, en las *Meditaciones para el Tiempo de Retiro* sobre las que hemos reflexionado en las últimas seis cartas pastorales, nos da las luces y los medios para hacerlo. Sólo un corazón enteramente convertido a Dios, centrado en Él, podrá percibir con finura la obra de Dios en las personas y en la historia, y logrará responder con una creatividad evangélica a la manifestación de Dios encarnada en las situaciones concretas y en las necesidades de los niños y los jóvenes de hoy, como lo hizo el Fundador, y como lo han hecho los Hermanos a lo largo de tantas generaciones.

El rostro de Dios y el rostro de los niños y jóvenes deben ser para nosotros una revelación teológica. El rostro de Dios reflejado en el rostro del pobre y de los pequeños. Es difícil separar el uno del otro sin caer en un reduccionismo. Nos lo recordaba de una manera muy hermosa el Papa Paulo VI en la clausura del Vaticano II en 1965: *En el rostro de cada hombre, especialmente si se ha hecho transparente por sus lágrimas y por sus dolores, podemos y debemos reconocer el rostro de Cristo, el Hijo del hombre, y si en el rostro de Cristo podemos y debemos reconocer el rostro del Padre celestial, nuestro humanismo se hace cristianismo, nuestro cristianismo se hace teocéntrico; tanto que podemos afirmar también: para conocer a Dios es necesario conocer al hombre.*

El año que termina ha estado lleno de grandes e inesperados acontecimientos. Los 50 años del Vaticano II nos han recordado y nos invitan a una renovación de la Iglesia a partir de sus raíces evangélicas. La renuncia de Benedicto XVI,

en un acto de coraje, humildad y sabiduría, le han dado a la Iglesia un rostro más próximo a la gente y a sus problemas. Hoy vemos al Papa más cercano y humano, compartiendo nuestra fragilidad y vulnerabilidad, reconociendo sus límites...

La elección del Papa Francisco está trayendo un aire nuevo y una invitación a ir a las periferias no sólo geográficas sino también existenciales de nuestras gentes, a comprometernos en una Iglesia pobre y para los pobres, a oler a oveja, a tocar la carne de Cristo en los que sufren, a no tener miedo a la bondad ni a la ternura, a dejarnos amar por un Dios que siempre perdona, a acompañar con comprensión más que a juzgar con rigor, a ser constructores de puentes más que de muros, a preferir mil veces una Iglesia accidentada que una Iglesia enferma de encierro y autorreferencialidad, a no dejarnos robar la esperanza ... Es un momento hermoso el que nos ha tocado vivir.

Ha sido también un año con importantes acontecimientos congregacionales. La Asamblea Internacional de la Misión Educativa Lasallista, previa al Capítulo General del año entrante, nos ha permitido reflexionar sobre nuestra misión y su actualidad y sobre cómo asegurar su futuro por medio de la asociación de Hermanos y Seglares para el servicio educativo de los pobres y de los más vulnerables. La Asamblea Internacional de los Hermanos jóvenes que nos han hecho partícipes de sus sueños y preocupaciones. El Encuentro de los Signum Fidei, en el que han ratificado su compromiso con un estilo de vida inspirado en nuestra espiritualidad y que lleva a una misión de servicio. Ciertamente *el Señor ha*

hecho grandes cosas por nosotros y estamos alegres (Salmo 125).

Durante este año también he terminado la visita a la Región de la RELEM. Una Región que cuenta con casi la mitad de los Hermanos del Instituto, que fue el resultado de la unificación de cinco antiguas Regiones europeas y el Distrito del Próximo Oriente. Quisiera resaltar, entre otras muchas, dos cosas. La atención esmerada y fraterna que se presta con dedicación, amor y eficiencia a nuestros Hermanos mayores y su testimonio de vida; y, en segundo lugar, la vitalidad de nuestras obras educativas, gracias a la misión compartida con los seculares y la preocupación por su formación lassallista. Valoro mucho también las nuevas iniciativas que se han tenido para responder a situaciones actuales y concretas de niños y jóvenes pobres o en dificultad.

Otras dos actividades que me parecen muy importantes y que responden a los signos de los tiempos, fueron el Encuentro de Jóvenes Lasallistas en Río de Janeiro con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud y el Simposio de Mujeres Lasallistas de Estados Unidos y Canadá. Los jóvenes y las mujeres representan hoy un potencial enorme e indispensable si queremos prolongar la misión educativa y evangelizadora que el Señor nos ha confiado.

Es en este contexto en el que quisiera hacer una reflexión sobre un documento, quizás poco conocido, de nuestro Fundador. Se trata de su Testamento. Una copia de este testamento, certificada por el Hermano Bartolomé, Superior General, se conserva, en los Archivos de nuestra Casa Generalicia. La firma del Testamento, ante notario, es del 3 de

abril de 1719, cuatro días antes de su fallecimiento. Se trata de un testamento muy realista. Habla de los bienes que traspasa al Hermano Bartolomé a nombre del Instituto y de una renta a los hijos de su hermano Juan Remigio, quien estaba incapacitado. Pero en el segundo párrafo, después de la invocación a la Santísima Trinidad, comparte sus sentimientos con los Hermanos y les deja sus últimos consejos. Me limitaré en esta Carta pastoral a esta parte de su Testamento. Sin embargo, me emociona también en la última parte del testamento ver la preocupación de nuestro Fundador que se traduce en actos concretos de ayuda, en relación con su familia. Y me parece que es una llamada de atención para que nosotros mismos no descuidemos esa relación, que seguramente es para todos una de las más hermosas experiencias de amor gratuito y desinteresado que Dios nos ha permitido vivir.

¿Por qué he hecho esta elección? Fundamentalmente por dos motivos. El primero porque, ante la muerte, las cosas secundarias pierden valor y nos centramos más fácilmente en lo esencial. Y, en segundo lugar, porque las últimas recomendaciones que alguien da en esos momentos, sin duda representan los elementos que considera que han marcado su vida y pueden ser útiles a los demás. Las últimas palabras de un ser querido se recogen con respeto y cariño. Y las del Fundador tienen dos centros de interés: su relación personal con el Dios Trinidad y su preocupación por sus Hermanos y los niños.

Pero hay otra razón que me ha dado vueltas en la cabeza en los últimos meses, tal vez por sentir que el momento para

mí también se aproxima. Me parece que el momento de la muerte es la consagración más radical y hermosa que podemos hacer al Dios Trinidad, que nos consagró en el bautismo, pero sin conciencia de nuestra parte; al que nos consagramos ciertamente por medio de nuestra consagración religiosa, pero ¡cuántas reservas, infidelidades, incoherencias, pequeñas o grandes traiciones...! En la muerte no hay más excusas o escapatórias, es todo lo que somos lo que entregamos a Dios. Supone por consiguiente el máximo de entrega y una confianza total.

Y ahora reflexionemos sobre el Testamento de nuestro Fundador en el apartado que he señalado anteriormente.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Yo, el infrascrito, Juan Bautista de La Salle, sacerdote, estando enfermo en una habitación cercana a la capilla de la casa de San Yon, arrabal de San Severo, de la ciudad de Ruán, y queriendo hacer un testamento que liquide todos los asuntos que me puedan quedar pendientes,

Encomiendo a Dios, primeramente mi alma, y luego todos los Hermanos de la Sociedad de las Escuelas Cristianas, con quienes me ha unido, y les recomiendo, ante todo, que tengan siempre absoluta sumisión a la Iglesia, máxime en estos calamitosos tiempos, y que, en testimonio de esta sumisión, no se separen en lo más mínimo de la Iglesia romana, acordándose siempre de que he mandado a Roma dos Hermanos con el fin de pedir a Dios la gracia de que su Sociedad le sea siempre enteramente sumisa. Les recomiendo también que profesen mucha devoción

a Nuestro Señor, que amen mucho la Sagrada Comunión y el ejercicio de la oración mental, y que tengan devoción especial a la Santísima Virgen y a san José, patrono y protector de su Sociedad; que desempeñen con celo y muy desinteresadamente su ministerio; y que tengan entre sí unión íntima y ciega obediencia para con sus superiores, que es fundamento y sostén de toda perfección en una comunidad [...]

Hecho en la citada casa de San Yon, el tres de abril de mil setecientos diecinueve.

1. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Oh Tú, Dios vecino, [...] mis sentidos separados de Ti están sin patria (R. M. Rilke).

El Fundador inicia su testamento con la invocación de la Santísima Trinidad. Sin duda esto nos recuerda el inicio de nuestra fórmula de consagración y su finalidad última: buscar ante todo la gloria de Dios. Del Dios revelado en Jesús, que quiere que todos se salven y cuya mayor gloria es que nadie se pierda, del Dios Trinidad que es comunión, movimiento de amor, y de encuentro. Ciertamente se trata de tres personas, como el dogma cristiano lo afirma, con una individualidad irreductible, pero en apertura de amor permanente. La categoría relación, que es amor, es constitutiva del Dios trinitario. Como afirma San Bernardo: *En la Santísima Trinidad, ¿qué es lo que conserva aquella suprema e inefable unidad sino el amor? El amor es la ley, y esta ley es la*

ley del Señor. Este amor constituye a la Trinidad en la unidad y en cierto modo unifica a las personas en el vínculo de la Paz. Amor crea amor. Esta es la ley eterna y universal, ley que lo crea todo y lo gobierna todo (San Bernardo, Libro del amor de Dios, c. 12, n. 35: PL 182,996B).

Y porque el Dios Trinidad es Amor, son nuestras experiencias de amor las que mejor nos lo revelan. Es por eso que nuestras comunidades de Hermanos a lo largo y ancho del mundo lasallista deberían ser como un icono de la vida trinitaria en el mundo y en la Iglesia de hoy, tal como nos lo proponía el Fundador al decirnos que en nuestras comunidades debe darse la unión esencial que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (Med 39,3). La Trinidad, en efecto, es fuente, modelo y fin de toda comunidad. Y la misma relación de amor debe primar en nuestra misión. Basta recordar lo que tantas veces nos repite el Fundador al invitarnos incansablemente a amar tiernamente a los niños y jóvenes que el Señor nos encomienda.

Como en la Trinidad nuestro amor supone a la vez distinción y unidad. Como lo expresa bellamente el jesuita francés F. Varillon: Amar es ser y vivir para el otro, por el otro, para los otros, por los otros; nunca por sí ni para sí. Cada una de las tres personas divinas no es ella más que siendo por y para las otras dos. Para el otro es el don, por el otro es la acogida. Acoger es dar, es amar... Se nos revela así que la relación de amor es la forma original del ser, o, lo que es lo mismo el fondo del ser es amor o comunión. El misterio trinitario esclarece todos los avatares de la existencia humana.

Me da cierto temor ver que en los últimos años, bajo pretexto de una vida interior más intensa, podamos caer en la tentación contra la que nos ponía en guardia el Papa Juan Pablo II: Se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad, ni con la lógica de la encarnación y en definitiva, con la misma tensión escatológica del cristianismo. Si esta última nos hace conscientes del carácter relativo de la historia, no nos exime en ningún modo del deber de construirla (NMI, 52). Al final de su vida el Fundador podía contemplar con confianza el trabajo realizado en la construcción de la ciudad terrena como una respuesta al plan salvífico de Dios. Por eso se encomienda con confianza, en el momento de su tránsito, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo cuya gloria ha sido su objetivo existencial en su peregrinar hacia la Trinidad.

2. Yo-Tú-Nosotros

¿Por qué he de preocuparme? No es asunto mío pensar en mí. Asunto mío es pensar en Dios. Es cosa de Dios pensar en mí (Simone Weil).

En su testamento el Fundador encomienda a Dios su alma e, inmediatamente, olvidándose de sí mismo, encomienda con la misma confianza a sus Hermanos, a los Hermanos de la Sociedad de las Escuelas Cristianas, con quienes se ha unido. De nuevo aparecen claramente sus dos grandes amores en unión indisoluble. El Tú de Dios es inseparable del yo frágil que deja la vida terrena y el nosotros creado con aquellos Hermanos con los que se ha jugado su existencia

en el servicio de los niños pobres y alejados de la salvación. Y me imagino que esos momentos finales el Fundador en una mirada retrospectiva recuerda los rostros concretos, las dificultades vividas, su huída a Parmenia, pero sobre todo la Carta recibida en 1714 y los términos llenos de afecto filial empleados en ella, que hacían florecer los aspectos más profundos y esenciales de la espiritualidad que había tratado de transmitirles: *Nosotros los Hermanos*. Este nosotros colectivo se prolonga en toda la carta y expresa el voto de asociación que los ha unido para una misión de gran utilidad para la Iglesia. Se trata del Cuerpo de la Sociedad que, en nombre de la obediencia, le pide asumir de nuevo el gobierno; y la preocupación que los motiva es, como en la fórmula de Votos, la mayor gloria de Dios, a la que añaden el bien de la Iglesia y el de nuestra Sociedad.

Como muy bien lo dice el Hermano Jean-Louis Schneider. *A lo largo de toda su carta, los Hermanos muestran que han interiorizado la enseñanza espiritual y la visión de su Padre, así como el proceso vivido con él, desde hace más de treinta años. Con frecuencia, su expresión está muy próxima a la de las meditaciones para el Retiro y las diversas fórmulas de votos. Si los Hermanos emplean este lenguaje, es que están en íntima comunión, de pensamiento y corazón, con Juan Bautista de La Salle, porque es ese mismo lenguaje el que han practicado a lo largo de su itinerario y de sus intercambios comunitarios. De igual modo el Señor de La Salle puede continuar reconociéndose en su manera de vivir, de hablar, de rezar, de pensar, de comprender y releer la acción de Dios en las Escuelas Cristianas y en su Sociedad.*

Se trata de la obra de Dios, de la que él ha sido el instrumento privilegiado para poner los medios de la salvación al alcance de los hijos de los artesanos y de los pobres. Y, retrocediendo más allá en el tiempo, sin duda el Fundador recuerda a los 12 primeros Hermanos de los inicios con los que hizo su profesión perpetua en 1694, cuyos nombres aparecen explícitamente en la fórmula que pronunció, escritos de su puño y letra y que conservamos como precioso tesoro en nuestro Archivo de la Casa Generalicia.

Es a estos Hermanos, con quienes se ha unido irreversiblemente, a los que encomienda a Dios. Y creo que de alguna manera, cada uno de nosotros, los Hermanos de hoy que continuamos su obra, estábamos también presentes, como Jesús tuvo presente en su despedida a todos los que creerían en su nombre y el Padre le confiaba.

3. La Iglesia.

Amad a esta Iglesia, permaneced en esta Iglesia, sed vosotros esta Iglesia (San Agustín).

En su testamento el Fundador nos recomienda en sus palabras “*sumisión*” a la Iglesia. Y en sus escritos, especialmente en las *Meditaciones para el Tiempo de Retiro*, nos pide amarla y trabajar por ella. Como lo recordaba durante la Asamblea Internacional de la Misión Educativa Lasallista en el mes de mayo, el Fundador y los primeros Hermanos vivieron en el contexto de una Iglesia de Contrarreforma y a la defensiva, en la que se daba más importancia a lo institucional que a lo comunitario, y en la que predominaba por

esto el aspecto jerárquico. Pero la cercanía de los pobres y el trabajo con los primeros maestros fueron llevando al Fundador a intuir una Iglesia servidora a partir de un ministerio comunitario.

Por otra parte, su familiaridad con los escritos de San Pablo, particularmente en las *Meditaciones para el tiempo de Retiro*, le permitieron tener una visión mística de una Iglesia servidora, en la que los Hermanos, con su vocación laical, son *ministros de Dios y dispensadores de sus misterios, embajadores de Jesucristo, constructores de la Iglesia*. No cabe duda de que esto fuera una palabra profética para la Iglesia de su tiempo y de que esta visión anticipó algunas de las intuiciones del Vaticano II que nos toca a nosotros hacer realidad, 50 años después del Concilio, conscientes de que hoy esta responsabilidad y este ministerio no es solamente de los Hermanos sino también de los laicos y otros lasallistas con quienes compartimos la misión. Actitud de servicio y ministerio comunitario son dos elementos fundamentales de nuestro carisma lasallista.

Es casi increíble ver la semejanza entre lo que vivió nuestro Fundador en su concepción de la Iglesia con su renuncia a la canonjía y hacer suya la causa de los niños y jóvenes pobres, y lo que nos toca hoy vivir a nosotros. Sin duda los elementos centrales de la espiritualidad francesa del siglo XVII que él vivió hoy también cobran nueva fuerza. La Trinidad como fundamento y fin, el cristocentrismo, la contemplación y el compromiso apostólico que brotan del misterio de la Encarnación, el dejarnos llevar por el movimiento del Es-

píritu, la cercanía a los pobres y a los pequeños, el compromiso ministerial de todos los hijos e hijas de la Iglesia.

Hoy la Iglesia nos invita a una conversión pastoral. Esta intuición del Documento de Aparecida, en la que tuvo mucho que ver el Cardenal Bergoglio, es hoy una llamada a la Iglesia universal y no solamente a América Latina. Estamos llamados a construir y a ser testigos de una Iglesia pobre y para los pobres, de una Iglesia que toca la carne de Cristo en los que sufren. Por consiguiente, esta renovación eclesial es una invitación a volver al Evangelio y a vivir el discipulado en nuestro seguimiento de Jesús. Sus actitudes deben ser las nuestras. Esto significa una Iglesia abierta, cercana a la gente, acogedora, sencilla, humilde, sin ansias de poder, servidora. *El discípulo, a medida que conoce y ama a su Señor, experimenta la necesidad de compartir con otros su alegría de ser enviado, de ir al mundo a anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, a hacer realidad el amor y el servicio en la persona de los más necesitados, en una palabra, a construir el Reino de Dios* (Documento de Aparecida, 278).

Esta conversión pastoral nos debe llevar a encarnar una Iglesia esposa, madre, servidora, facilitadora de la fe y no controladora de la fe, misericordiosa. Una Iglesia cimentada en Jesucristo, su piedra angular, y que trate de evitar, desde su propia fragilidad, las tentaciones de la autorreferencialidad, la nostalgia, la utopía desencarnada, la auto-complacencia, el derrotismo, la búsqueda de la eficiencia y la eficacia como valores en sí mismos. Una Iglesia en donde la persona, al igual que para Jesús, siempre es más importante que las estructuras, las normas y los ritos.

Pocos días antes de morir, el cardenal Martini nos hablaba de una Iglesia cansada. Nos toca a nosotros rejuvenecerla. Tenemos el privilegio de trabajar en favor de los niños y los jóvenes que deben contagiarnos su esperanza, dinamismo y apertura a un futuro desconocido. Nuestra misión en la Iglesia sigue siendo actual y necesaria. Más allá de las diferencias culturales o de religión debemos sumergirnos en la profundidad de la experiencia humana de los jóvenes y descubrir en ella la presencia de Dios. Solamente a través de este encuentro se hace posible una apertura al Evangelio capaz de tocar verdaderamente la vida y ponernos al servicio de la misión de un Dios que quiere que todos se salven (1 Tm 2,3), que mira a cada persona y a cada joven con ternura y misericordia, y que en Jesucristo quiere *“que todos tengan vida y vida en abundancia”* (Jn 10,10). Viviendo lo anterior con la humildad de quien sabe que es el Espíritu Santo y no nosotros el principal protagonista y de que la Iglesia, como *“sacramento universal de salvación”* (LG 48), está llamada a un diálogo con todos, no solo para enseñar sino también para aprender, y a salir a la calle para llegar no solamente a las periferias geográficas sino también a las periferias existenciales como nos ha invitado el Papa Francisco. Una Iglesia con rostro amable, capaz de dialogar con los hombres y mujeres de hoy, con el mundo, la cultura de nuestro tiempo y las diversas religiones.

El desafío que hoy tenemos es amar a la Iglesia, tal como es, santa y pecadora. Amarla desde dentro como hijos y no juzgarla desde fuera como jueces. Como lo expresaba Henri de Lubac: *Amo a nuestra Iglesia con sus miserias y sus humilla-*

ciones, con las debilidades de cada uno de nosotros, pero también con la inmensa red de sus santidades ocultas [...] La amo hoy, en su enorme y difícil esfuerzo que debe continuar bajo el signo del Concilio. Creo que es así como seremos fieles al testamento de nuestro Fundador, recordando lo que nos decía Chesterton: La iglesia nos pide que al entrar en ella nos quitemos el sombrero, no la cabeza.

4. Profesen mucha devoción a Nuestro Señor.

Fijando nuestros ojos en el que inicia y completa nuestra fe, Jesús (Heb 12,2).

En su testamento el Fundador nos invita a profesar mucha devoción a Nuestro Señor. El término devoción aquí es equivalente a amor. No debemos olvidar que la espiritualidad lasallista es fundamentalmente cristocéntrica, como podemos ver muy bien en la *Explicación del Método de Oración* en donde los misterios, las virtudes y las máximas de Jesús son el hilo conductor. Y en la *Colección* encontramos, si queremos, una motivación aún más fuerte en la invitación que nos hace a *aficionarnos fuertemente al conocimiento, amor e imitación de Jesucristo, y a la unión con Él*. Se trata de ser aficionados, no de un club deportivo sino de Jesús, ya que se trata de vivir en el espíritu de Jesús. Es decir, dejar que toda nuestra vida se impregne de su persona, de su proyecto, de su praxis, de sus valores, de sus actitudes, de sus criterios, de sus preferencias. Y esto, porque como nos dice el Papa Francisco, *el amor de Dios tiene un nombre y un rostro: Jesucristo*.

Seguir a Jesús significa vivir una espiritualidad de la Encarnación que nos permite experimentar y vivir la experiencia de un Dios hecho carne histórica concreta como lo expresa místicamente el poeta mexicano Alfonso Junco:

*Así te necesito
de carne y hueso...*

*Ungir tus pies, que buscan mi camino,
sentir tus manos en mis ojos ciegos,
hundirme como Juan en tu regazo,
y Judas sin traición darte mi beso.*

*Carne soy y de carne te quiero.
¡Caridad que viniste a mi indigencia,
qué bien sabes hablar en mi dialecto!*

Seguir a Jesús es no andar tan preocupados por nuestra propia perfección, como si su amor y amistad fuesen fruto de nuestro esfuerzo, sino caminar tras sus huellas, *haciendo el bien* (Hechos 10,38) e intentando hacer de nuestra propia vida una ofrenda, como Él hizo de la suya, para ponerla en las manos del Padre, en nuestro servicio a los jóvenes, especialmente a los más vulnerables y abandonados. Es en ellos en donde de verdad podemos tocar la carne de Cristo.

El Fundador en su Testamento nos da dos medios privilegiados que nos permiten mantener vivo el fuego de nuestro amor a Jesús: la Eucaristía y la Oración interior. Tengo la impresión de que como Hermanos tenemos que hacer un

esfuerzo mayor para que ocupen el lugar que deben ocupar en nuestras vidas. Ciertamente en nuestras Casas de Hermanos mayores, en general, ellas ocupan un puesto privilegiado y ejemplar, pero en otras situaciones en las que la Eucaristía diaria se ha vuelto difícil y en las que la oración interior es una responsabilidad personal y no tiene un marco comunitario, corremos el peligro de relativizar estas mediaciones que nuestro Fundador al final de su vida consideraba como esenciales.

- **La Eucaristía**

Como nos dice F. Varillon: *La Eucaristía es la recapitulación de todo, el punto de partida del que divergen todas las líneas y hacia el que convergen. Significa la unidad de Dios y el hombre en Cristo; del pasado, del presente y del porvenir; de la naturaleza y de la historia; de la acogida y del don; de la muerte y de la vida.* La Eucaristía nos permite cada día reavivar sacramentalmente los lazos de nuestra fraternidad. Debe ser para nosotros el centro de nuestra vida espiritual y la fuerza de nuestra comunión con nuestros Hermanos, con los niños y jóvenes, con la humanidad. San Agustín decía, a su vez, *cuando comemos el Cuerpo de Cristo, nos incorporamos a la humanidad entera.* Sabemos que la primera Eucaristía fue una cena familiar. Y no debemos olvidar la importancia que en el Evangelio el Señor da a las comidas como lugar de intimidad que anticipa el Reino de los cielos y nos hace vivir la alegría de sentirnos hermanos y de compartir.

La Eucaristía nos permite también cada día escuchar la Palabra de Dios y dejarnos interpelar por ella. Escuchar la Pa-

labra es, como para un campo, el recibir la fecundidad del agua. Es mirarse continuamente en el espejo de Cristo y de su Evangelio. La Palabra de Dios nos va educando, nos corrige en nuestras tendencias antievangélicas, nos invita a decir nuestro “amén” a la voluntad de Dios, nos hace comulgar con Cristo hecho Palabra. La Eucaristía cada día nos permite unir nuestra vida diaria con sus momentos de dicha y de dolor al sacrificio redentor de Jesús y a su entrega servicial y total a los demás; sin olvidar que no podemos separar la Mesa de la Eucaristía de la mesa de los pobres, y que la comunión debe terminar en una misión que prolongue el misterio eucarístico, de entrega y donación.

- **La oración del corazón**

En su testamento el Fundador nos comparte una convicción que lo acompañó a lo largo de su vida y que expresó con estas palabras en la Regla de 1718: *Los Hermanos de este Instituto deben amar mucho el santo ejercicio de la oración, y deben considerarlo como el primero y principal de sus ejercicios diarios, y el que mejor puede atraer la bendición de Dios sobre todos los demás.*

El mejor modelo de la oración silenciosa y personal es Jesús. Repetidamente se dice en el Evangelio que se retiraba a lugares solitarios para orar, por consiguiente el argumento más convincente para nosotros es que Jesús oró, que la oración formó parte de su vida de una manera permanente. Nuestra oración más que centrarse en teorías o técnicas debe centrarse en su persona. A lo anterior podemos añadir una razón de tipo existencial. Cada uno es único ante el

Señor, por consiguiente cada uno debe tener una manera única de comunicarse con Dios, con un Dios que nos trata siempre de una manera personalizada, de un Dios que *antes de nacer me llamó por mi nombre y tiene escrito mi nombre en la palma de sus manos* (cf. Is 49, 1.16). Por consiguiente no basta la oración comunitaria, por muy importante y necesaria que sea. La oración personal y el encuentro a solas con Dios es también fundamental y debe ser parte de nuestra vida diaria, la comunidad debe favorecerlo y debe ser parte importante de nuestro proyecto personal de vida.

Siempre guardo la imagen del testimonio que me dieron los Hermanos de Marsabit, en Kenia, y que he compartido varias veces durante estos años. Una comunidad que anima una escuela e internado para niños de familias nómadas en una remota región del país. Antes de la oración comunitaria se reúnen para tener juntos su oración personal durante media hora. Y en ese momento hay muchos alumnos que van a hacer una visita a la Capilla. Ellos tienen la experiencia de descubrir a los Hermanos como orantes y no solamente como profesores. Nuestra oración personal debe hacer visible el rostro de Dios para los jóvenes. Por eso en la escuela de Jesús cada uno de nosotros debe llegar a ser maestro y testigo de oración, como Jesús lo era para sus discípulos, de tal manera que nuestros alumnos nos puedan decir: *Hermano, enséñanos a orar*. Maestros y testigos que nos reconocemos siempre como principiantes balbuceantes e instrumentos débiles en manos de Dios.

El *Método de Oración* lasallista, como sabemos, se inspira en el Método sulpiciano formulado por Olier y recoge sus tres

elementos básicos: tener a Jesús ante los ojos, en el corazón y en las manos. Se trata por consiguiente, de mirar a Jesús, unirse a Jesús y actuar como Jesús.

- **Tener a Jesús ante los ojos**, mirar como Él adora a Dios, glorifica su nombre, de acuerdo con la primera invocación del *Padre Nuestro*. Es una actitud de **adoración**. Es al mismo tiempo la forma en la que toda la persona se llena en silencio de la actuación interior del Espíritu de Jesucristo.
- **Tener a Jesús en el corazón**, y así entrar en comunión, en **unión**... En esta parte de la oración nos abandonamos a Él para participar en lo que Él es y en aquello por medio de lo cual Él nos vivifica. La oración llega a ser un momento privilegiado de adherirnos a Cristo, quien derrama sobre nosotros el poder vivificante y transformante de su Espíritu. La segunda parte de la oración se refiere a la invocación del Señor: *“Venga a nosotros tu Reino.”*
- **Tener a Jesús en las manos**, es la **cooperación**, que tiende a la realización de la tercera invocación del Padre Nuestro: *“Hágase tu voluntad.”* Como nos dice Olier: *Tener a Cristo Nuestro Señor en las manos significa querer que su Divina Voluntad se realice en nosotros, Jesucristo tiene que actuar en nosotros y por nosotros.* Se trata de dar más importancia al don divino y a la actuación del Espíritu, que a nuestro propio esfuerzo; por eso también, en vez de la palabra “resolución”, Olier prefiere la palabra **cooperación**, la cual signifi-

ca claramente dependencia y sometimiento a la actuación del Espíritu para que se realicen en nosotros sus designios (cf. Michel Sauvage en: *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique*, col 925 y ss.).

Creo que esta visión sulpiciano puede ayudarnos a interiorizar y comprender mejor el Método que nos dejó nuestro Fundador: Mirar a Jesús, Unirnos a Jesús, Actuar como Jesús. El encuentro amoroso con Dios en la persona de Jesús y el encuentro de Jesús en la persona de nuestros hermanos y hermanas son inseparables. Al Dios que encuentro cada día en el silencio de mi oración personal lo sigo encontrando para servirlo en el rostro de los niños, de los jóvenes, de mis Hermanos, de todos los que se cruzan en mi camino cotidiano y especialmente en los más pobres.

5. Santísima Virgen María.

Toda la existencia de María es un himno a la vida, un himno de amor a la vida (Papa Francisco).

A María, nuestra Madre, nos acercamos con profundo cariño filial. Ella ha estado tan presente en nuestra infancia, en el crecimiento de nuestra vocación, en nuestras crisis y esperanzas. Ella ha sido siempre Reina y Madre de las Escuelas Cristianas y más recientemente la invocamos como Nuestra Señora de la Estrella. El Instituto se ha desarrollado bajo su sombra maternal. El Fundador nos invita a *considerarla como la principal protectora de nuestra sociedad: por eso nos ponemos todos los días bajo su amparo; desde la mañana hasta el atardecer, cuando finaliza la oración mental y des-*

pués de cada ejercicio. Recurrimos a ella porque en María ponemos toda nuestra confianza después de Dios (Med 151,3).

En su testamento el Fundador nos invita a amar tiernamente a María y su última oración antes de morir, según sus biógrafos, fue: *María Madre de gracia, dulce madre de clemencia defiéndenos del enemigo ampáranos en la hora de la muerte. A ti sea la gloria oh Cristo esperanza de las gentes, al Padre y el Santo Espíritu por los siglos de los siglos.* Y es que María es inseparable del misterio trinitario, fundamento y fin de nuestra vocación de Hermano. Como nos dice la Regla: *En el «Sí» total que dio al Señor descubren ellos mejor el sentido de su propia consagración. De ella aprenden la docilidad al Espíritu que los configura con Cristo mediante la fe, la esperanza y el amor, y que les dirige hacia el Padre, manantial de todo bien y término de toda acción apostólica (R 76).*

María es la revelación, la anticipación escatológica del misterio del Dios Trinidad, sacramento de la ternura de su amor maternal. Acercarnos a María es conocer mejor el ser de Dios Padre-Madre. María aparece, pues, primeramente como **revelación de Dios**. Un Dios que se compara con la madre que consuela, madre incapaz de olvidarse del hijo de sus entrañas, que al final de la historia enjugará las lágrimas de nuestros ojos. María añade un elemento nuevo a la Encarnación: *En este sentido, el estado de María de ser madre de Cristo y madre nuestra explica algo de la redención de Cristo, un elemento que no está explicado, él mismo, en el acto de la redención de Cristo y que no puede explicarse siquiera en dicho acto. Tal elemento es la cualidad femenina y maternal de la bondad [...] Sin embargo el hombre Jesús en cuanto tal,*

no puede manifestar esa generosidad, esa dulzura, ese cariño tierno, ese “algo” propio de una madre. Tal manifestación sólo es posible en un ser femenino y maternal. Y Dios eligió a María para representar en su persona este aspecto maternal (Schillebeeckx).

María es camino de maduración espiritual y de contemplación. Por eso, en segundo lugar, podemos ver en ella el **icono de nuestra oración**. María reúne los dos grandes rasgos que caracterizan la existencia creyente como existencia en oración: ella es Virgen y Madre.

- **María es la Virgen**, que vive en total escucha de Dios, es el silencio en el que resuena la palabra divina. Karl Barth ha subrayado que la virginidad de María es un himno al primado absoluto de Dios, al *solí Deo gloria*, a la gloria pura de ese Dios, ante quien debemos quedarnos absortos y maravillados, dejándonos transformar por Él.
- **María es la Madre**, en ella el silencio se ha convertido en palabra, la virginidad en maternidad, que se caracteriza por la delicadeza, la ternura, el don. Ella nos hace comprender que la experiencia de Dios en la oración sólo es fructífera cuando se traduce en maternidad, en engendrar hijos para Dios en la delicadeza, la ternura, el don.

María es, en tercer lugar, **ideal del ser humano**. Invitación a vivir y redescubrir el valor de lo femenino en nuestra persona y en nuestra cultura. El mismo Fundador nos invita a

esto cuando nos pide unir a la firmeza del padre, la ternura de la madre. *Si usáis con ellos firmeza de padre para sacarlos y alejarlos del desorden, debéis sentir también por ellos ternura de madre, para acogerlos, y procurarles todo el bien que esté en vuestra mano* (Med 101,3). Este aspecto simbólico no nos debe hacer perder, sin embargo, el aspecto histórico de María, porque María es también la aldeana, la esposa de José, la virgen madre del carpintero Jesús, la mujer atenta a las necesidades de los demás, la mujer fuerte al pie de la cruz, la madre alegre del resucitado, la compañera de los apóstoles en Pentecostés.

Por eso María es también, en cuarto lugar, ***la esperanza del pueblo***. Esperanza y causa de su alegría. En María encontramos todo aquello que queremos ser. Queremos ser personas, libres, construir un mundo sin egoísmos, estar del lado de los pobres y darles esperanza. Todo esto lo realizó María, integrando las tensiones más dolorosas y los conflictos con su visión clara de la Voluntad de Dios; integrando la alegría de Caná con el dolor del Calvario. *En la cruz representa María el dolor de la humanidad. Tu dolor es grande como el mar, dice el profeta. La gente que vive en el dolor, que participa de esa herencia cruel de la humanidad, encuentra en la Virgen un modelo operativo para soportar la pena y no sucumbir ante la angustia [...] Y en este Viernes Santo de la humanidad María al pie de la cruz esperando contra toda esperanza, representa la inmensa e inagotable confianza de los pobres.* (Hno. Noé Zevallos).

María, finalmente, es ***camino privilegiado para vivir nuestra consagración***, como lo afirma nuestra Regla: *En el*

“Si” total que dio al Señor descubren ellos mejor el sentido de su propia consagración (R 76). La actitud de María en la Visitación puede servirnos de marco de referencia para una reflexión acerca de nuestra Consagración. María en el misterio de la Visitación nos hace ver que el Dios que la ha escogido para ser su tabernáculo, en el misterio de la Encarnación es el mismo que la inspira en ir a toda prisa a prestar servicio a su prima necesitada. En María la consagración a Dios se traduce en servicio al hermano. Para nosotros, también consagrarnos a Dios debe significar sobre todo entrega a quien nos necesita por medio de nuestro voto de asociación para el servicio educativo y evangelizador de los pobres.

Es también lo que nos sugiere nuestro Fundador al invitarnos a estar abiertos a la Palabra, para poder comunicarla a los demás y ser así Tabernáculos del Verbo de Dios, sacramentos de su Presencia, al igual que lo fue María: *“Honrad hoy a la Santísima Virgen como a tabernáculo y templo viviente que Dios mismo se edificó y embelleció con sus manos. Pedidle os obtenga de Dios la gracia de que se halle vuestra alma tan bien adornada y tan bien dispuesta a recibir la palabra divina, y a comunicarla a los otros, que os convirtáis, por su intercesión en tabernáculos del Verbo de Dios”* (Med 191,3).

6. San José, nuestro patrono y protector.

Un hombre fuerte y valiente, trabajador, pero en su alma se percibe una gran ternura [...] fortaleza de ánimo y capacidad de atención, de compasión, de verdadera apertura al otro, de amor (Papa Francisco).

La Iglesia acaba de introducir en la Plegaria Eucarística a San José, después de la mención de la Virgen María. Pero ya para el Fundador eran inseparables y desde el inicio lo escogió como nuestro patrono y protector. Cuando pienso en muchos de los Hermanos que a lo largo de mi vida he encontrado y con muchos de los cuales he tenido la gracia de vivir, pienso en San José y en su humilde paternidad. ¡Cuántos niños y jóvenes no han encontrado en tantos de nuestros Hermanos, esa figura humilde, cuya misión fundamental ha sido la de custodiar, acompañar, ayudar a crecer y desaparecer!

Custodiar no parece ser hoy un verbo de actualidad. Sin embargo una de las principales dimensiones educativas de nuestra misión es custodiar. Custodiar la integridad de los niños y jóvenes que nos son confiados, y como nos recordó el Papa Francisco el día de la iniciación de su ministerio petrino el 19 de marzo de este año, custodiar la creación para asegurar el futuro de esos niños y jóvenes, como José veló por el futuro del Niño Jesús. *Custodiar con discreción, con humildad, en silencio, pero con una presencia constante y una fidelidad total, aun cuando no comprende [...] Con la atención constante a Dios, abierto a sus signos, disponible a su proyecto, y no tanto al propio [...] Es custodiar a la gente, el preocuparse por todos, por cada uno, con amor, especialmente por los niños, los ancianos, quienes son más frágiles y que a menudo se quedan en la periferia de nuestro corazón.*

Una invitación semejante nos hacía también nuestro Fundador en la meditación que nos dejó para la fiesta de San

José: *Ustedes deben poner tanta diligencia y cariño en que los niños cuya dirección tienen, conserven o recuperen la inocencia, y en alejar de ellos lo que pueda perjudicar su educación e impedirles que alcancen la piedad, como los tuvo san José para lo que podía contribuir al bien del Niño Jesús; ya que están encargados de estos niños por parte de Dios, como lo estaba san José del Salvador del mundo. Ése es también el primer cuidado que deben tener en su empleo, si desean imitar a san José, cuyo único empeño era atender las necesidades del Niño Jesús* (Med 110,3). Una bella síntesis de nuestra misión: atender las necesidades de los niños y jóvenes que Dios nos confía.

7. Celo y gratuidad ministerial.

Yo, el Señor, que soy el primero, yo estoy con los últimos
(Is 41,4).

El Fundador en su Testamento nos pide a los Hermanos que desempeñemos *con celo y muy desinteresadamente nuestro ministerio*. Como bien sabemos el espíritu de celo que nos dejó como herencia el Fundador es inseparable del espíritu de fe, como lo son en el Evangelio el amor a Dios y el amor al prójimo. *El espíritu de fe se hace patente en los Hermanos por el celo ardiente hacia aquéllos que les han sido confiados, a fin de disponerlos a acoger la salvación revelada en Jesucristo* (R 7).

El celo que nos propone San Juan Bautista de La Salle, va muchas veces acompañado de un adjetivo que le da todavía más fuerza. En efecto, se trata de celo *ardiente* porque lo que está en juego es la salvación de los jóvenes. En este sen-

tido sus palabras nos invitan a la radicalidad: *Pues el ardiente celo que tienen de salvar las almas de los que deben instruir, es lo que ha debido llevarlos a sacrificarse y consumir toda su vida para darles educación cristiana, y para procurarles en este mundo la vida de la gracia, y en el otro, la vida eterna* (Med 201,3). El Fundador dedica dos meditaciones para el Tiempo de Retiro a este tema, como hemos visto ya en una Carta Pastoral anterior.

Animados de este celo ardiente, los Hermanos debemos favorecer una escuela lasallista que sea la manifestación del rostro humano de la Iglesia en donde cada miembro de la comunidad educativa: directivos, profesores, administrativos, alumnos, padres, exalumnos... tengan la oportunidad de vivir como Pueblo de Dios de manera fraterna, humilde, compasiva y solidaria su servicio a los demás. El celo despierta en nosotros la pasión por Dios y la compasión por la humanidad.

Se trata, por consiguiente, de una escuela no cerrada sobre sí misma sino abierta al mundo y en particular al mundo de los pobres. De ahí que los programas, en sus contenidos y metodologías y todas las actividades escolares han de estar marcadas por el respeto y amor a cada persona, por una dedicación sin límites, por la perspectiva de la sensibilización y compromiso sociales y, sobre todo, por el deseo de que cada uno viva los valores universales del Evangelio, alcance su plena realización y salvación y se comprometa en la construcción del Reino. Esto es lo que hoy nos pide la Iglesia por medio del Papa Francisco al invitarnos, como ya lo hemos

visto, a oler a oveja, a tocar la carne de Cristo en los que sufren, a acompañar con comprensión más que a juzgar con rigor, a ser constructores de puentes más que de muros.

El desinterés es otro elemento constitutivo de nuestro modelo educativo. Uno de los temas que más se repiten en los escritos espirituales de nuestro Fundador es su invitación a actuar con pureza de intención, a no tener otra mira más que en Dios, a purificar nuestras motivaciones... y esto se debe manifestar en nuestra misión porque como dice San Pablo en el Himno a la caridad, esta debe ser desinteresada. Así por ejemplo nos dice el Fundador: *Su profesión los obliga a enseñar a los niños la ciencia de la salvación, y tienen obligación de ejercerla con total desinterés. ¿Lo hacen con la única mira de procurar la gloria de Dios y la salvación del prójimo? Asegúrenle a Dios que jamás tendrán otra intención.* (Med 108,2).

Y en esto no hay peligro de exagerar, como él mismo nos dio ejemplo en el Voto Heroico que consolidó el Instituto: *En su empleo, nunca podrán excederse en el desinterés; es a los pobres a quienes tienen que enseñar: instrúyanlos con sus ejemplos. Y para enseñarles a amar la pobreza, que el desinterés los impulse a practicarla tanto como a Dios le plazca. Saben también que se han obligado a tener las escuelas gratuitamente y a vivir de solo pan, si fuera necesario, antes que recibir alguna cosa* (Med 153,3). De ahí, su insistencia: *Presérvense de cualquier mira humana con ellos y de gloriarse por lo que hacen... Tengan, pues, en su empleo intenciones totalmente puras como las del mismo Jesucristo, y por ese medio atraerán*

sus bendiciones y sus gracias sobre ustedes y sobre sus trabajos (Med 196,3).

8. Unión íntima.

No debemos tener miedo ni de la bondad ni de la ternura (Papa Francisco).

Y llegamos a la última recomendación, no por eso menos importante, que nos da nuestro Padre y Fundador en su Testamento. Nos pide que tengamos unión íntima entre nosotros y que para esto tengamos presente que la obediencia es el medio más eficaz de asegurar la vida comunitaria.

Me llama la atención el término empleado por el Fundador que va más allá de vivir juntos en comunidad y nos invita a una unión íntima. Unión íntima como la que se da en el seno de la Trinidad, un Dios que no es más que amor. Me parece que es una expresión fuerte y comprometedor. Y me parece, también, un eco de la Oración sacerdotal de Jesús en el momento de despedirse de sus discípulos. Sabemos que este tema también es repetitivo en las *Meditaciones* que el Fundador nos dejó. *Puesto que Dios les ha concedido la gracia de llamarlos a vivir en comunidad, no hay nada que deban pedirle con mayor insistencia que esta unión de espíritu y de corazón con sus Hermanos; pues sólo a través de esta unión alcanzarán la paz que debe constituir toda la dicha de su vida. Insten, pues, al Dios de los corazones, que del suyo y del de sus Hermanos forme uno solo con el de Jesús* (Med 39,3). La unión íntima es una unión de espíritu y de corazón. No se trata de un amor platónico o desencarnado.

Uno de los recuerdos que me han impactado más durante mis visitas, fue un encuentro con todos los Hermanos de un Distrito reunidos para una celebración. Antes de dirigirles la palabra en diálogo informal previo, caminando hacia la sala, un Hermano se me aproximó para decirme: *Hermano, díganos, por favor, que nos queramos*. Creo que era esto lo que nuestro Fundador nos insinuaba al hablarnos de unión íntima. Un amor que no es capaz de manifestarse y de expresarse, no es auténtico. No podemos contentarnos con expresarlo, los Hermanos deben saber que yo los amo. Debemos manifestarlo *sin miedo ni de la bondad ni de la ternura*.

Creo que en la calidad de nuestras relaciones fraternas en comunidad se juega en gran parte nuestro futuro. Lo he recordado también muchas veces: todas las intervenciones de los religiosos y religiosas jóvenes de distintas nacionalidades y congregaciones que participaron en el Congreso de Vida Religiosa promovido por las dos Uniones de Superiores Generales en el 2004, se refirieron a la comunidad. Estoy por eso convencido de que la unión íntima que nos pide el Fundador, es uno de los elementos fundamentales de nuestra misión, tal vez el más importante. Es hacer visible a un mundo dividido por mil causas, que la fraternidad es posible, es hacer visible el amor gratuito e incondicional de Dios, de un Dios Trinidad que no es más que amor. Pero también es uno de los sostenes más fuertes para nuestra perseverancia, recordando, como decían los antiguos en términos antropomórficos, que la naturaleza tiene horror al vacío. Es casi inevitable buscar el afecto afuera cuando se nos niega adentro.

Puede llamarnos la atención que el Fundador nos hable de la obediencia como el medio más importante para consolidar la vida comunitaria. La doctrina del Fundador sobre la obediencia es muy amplia y contrasta bastante con la sensibilidad moderna. Sin embargo, nos presenta intuiciones fundamentales que siguen teniendo plena actualidad. Creo que él mismo experimentó la relación estrecha entre comunidad y obediencia, cuando como respuesta a la carta que los Hermanos le enviaron en 1714, en nombre del Cuerpo de la sociedad y en virtud de la obediencia que había prometido, regresó a París para ponerse a su disposición.

Pienso que la unión de comunidad y obediencia, la debemos traducir hoy en discernimiento comunitario para buscar juntos la Voluntad de Dios y conformarnos con Cristo que hizo de la Voluntad de su Padre su alimento y por este amor entregó su vida para la plena liberación y salvación de la humanidad. Lo que nos debe preocupar es que como comunidad podamos responder al plan salvífico de Dios y a la edificación del Cuerpo de Cristo: *No debe obedecerse a los superiores sino porque, en expresión de San Pablo, trabajan en la perfección de los santos y en la edificación del Cuerpo de Cristo, que es nuestra cabeza; el cual, merced a la sumisión que se le profesa en sus ministros, junta y une a todos los miembros de su cuerpo místico con justa proporción, para no formar con Él más que un solo Cuerpo. Por la virtud de la obediencia llegarán, pues, a ser verdaderos elegidos de Dios en su comunidad* (Med 72,2).

La obediencia nos hace a todos protagonistas de la búsqueda de la voluntad de Dios, haciéndonos a todos responsa-

bles de nuestro propósito de hacer del Evangelio nuestra primera Regla, respondiendo a las llamadas de Dios, discernidas comunitariamente, en las llamadas de los pobres, los jóvenes, el mundo, la Iglesia.

Conclusión:

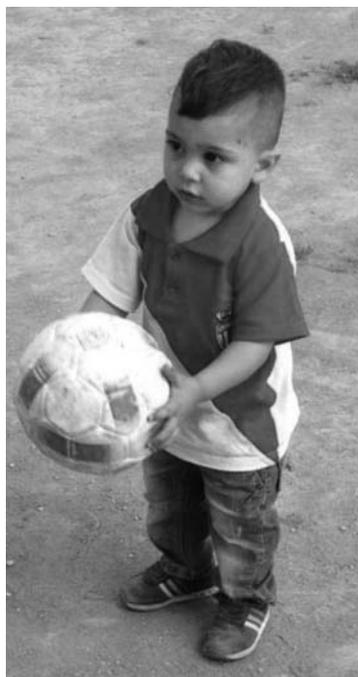
Si no lo hacen ustedes por nosotros ¿quién lo hará?

Quiero terminar con esta frase de un niño de Scampia, la hermosa obra que los Hermanos tenemos en Nápoles, en el barrio con más problemas de la droga. Una frase que nació del trabajo que jóvenes alumnos nuestros del Instituto Merode, de Plaza España en Roma, realizaron en su servicio. La palabra niños no aparece en el Testamento de nuestro Fundador, pero está sobreentendida en cada línea. Ellos fueron la razón de su vida y ellos continúan siendo la razón de la nuestra. Nacimos para los niños y los jóvenes, especialmente aquellos más pobres, vulnerables, menos amados y menos atendidos. *Si nosotros no lo hacemos ¿quién lo hará?* Un nosotros que en este momento ha abierto sus puertas a jóvenes voluntarios, asociados y colaboradores laicos.

Es por eso que esta vez mis iconos lasallistas son niños. Niños concretos, con un rostro y una historia, muchas veces de dolor, abandono y frustración en sus débiles espaldas.

Pienso en el pequeño Genny de Scampia, de apenas año y medio con el balón en sus manos, como un pequeño icono que encontró en los jóvenes voluntarios de San Giuseppe di Merode, jóvenes dispuestos a sacrificar un tiempo de vaca-

ciones con el deseo de romper el clima de violencia que anestesias a todos y condiciona desde la más tierna edad a los niños de Scampia. Jóvenes que han demostrado el deseo de crear un espacio sano para ellos y la voluntad de restituir una sonrisa y mucha paz a los pequeños, uniendo sus vidas en una nueva amistad. Y extendiendo la sombra de este icono a todos los jóvenes voluntarios lasallistas por los que tengo gran admiración y me pregunto si no podemos hacer más para que otros jóvenes los imiten.



Genny de Scampia



Carlos y Jimena

Pienso en Carlos y Jimena, esos pequeños hermanos que sobrevivieron a la masacre de su familia en Villa Canales, Guatemala. La foto del niño de apenas 6 años abrazando y protegiendo a su hermanita, recorrió la prensa mundial. A sus 6 años ya actuaba como el mayor y respon-

sable y nos dicen los de la Casa de acogida “*Nuestros pequeños hermanos*” que durante la primera semana los pequeños hermanos han permanecido siempre juntos abrazados y mudos. ¿Cuántos niños como éstos han debido aprender a ser adultos y responsables a tan corta edad?

Pienso en Malala, esta niña extraordinaria de Paquistán, tiroteada a sus 14 años por el delito de defender el derecho de las niñas a estudiar. En su discurso en las Naciones Unidas en el mes de julio decía: *Tomemos los libros y las plumas porque son nuestras armas más poderosas. Un libro y una pluma pueden cambiar el mundo.* Y al compartir sus sentimientos de perdón hacia los que la habían atacado, añadía:



Malala

Es algo que aprendí de Mahoma, el patrimonio que recibí de Martin Luther King y de Nelson Mandela, la filosofía de la no violencia que aprendí de Gandhi y la madre Teresa, el perdón que aprendí de mi padre y de mi madre. Tampoco podemos olvidar hoy, los 57 millones de niños y

niñas no escolarizados, por los que Malala estuvo a punto de dar su vida. ¿Y nosotros, qué podemos hacer?

Pienso en los niños de Siria refugiados en países vecinos, cuyo número como han asegurado los principales organismos humanitarios de la ONU llega ya a un millón, sin olvidar los 7.000 niños que han muerto durante el conflicto armado. Y al comentar lo anterior, el director ejecutivo de UNICEF, Anthony Lake, decía: *No es sólo otro número. Son niños arrancados de sus casas, quizás incluso de sus familias, enfrentados a horrores que sólo ahora empezamos a comprender.* No es fácil imaginar el daño físico, el miedo, los traumas y los sufrimientos experimentados por estos niños y los peligros que los acechan como el trabajo infantil, los matrimonios forzados, el tráfico de órganos y la explotación sexual.



Los niños de Siria refugiados

Ante esto, naturalmente, no podemos quedarnos indiferentes. Estos pequeños iconos deben tocar profundamente nuestro corazón y despertar no solamente nuestros más nobles sentimientos, sino también nuestra creatividad evangélica para responder, como lo soñó nuestro Fundador, a las necesidades de los niños y jóvenes más alejados de la salvación. Creo que esta es la mejor manera de honrar su Testamento.



Hno. Álvaro Rodríguez Echeverría
Superior General

